

# ¿FEMINIZACIÓN DE UN OFICIO? LA ARTESANÍA COMO ESTRATEGIA DE LAS MUJERES Y FAMILIAS RURALES DE SAN CRISTÓBAL ZAPOTITLÁN, JOCOTEPEC

## FEMINIZATION OF A TRADE? HANDICRAFTS AS A STRATEGY FOR WOMEN AND RURAL FAMILIES IN SAN CRISTÓBAL ZAPOTITLÁN, JOCOTEPEC

*Natalia Zepeda Cazarez*  
*Universidad Virtual del Estado de Guanajuato, México*  
*CIESAS-Occidente, México*

Recepción: 30 de marzo de 2025

Aceptación: 28 de junio de 2026

### Resumen

La feminización de los oficios representa diversos escenarios y efectos para sus practicantes. Los objetivos del estudio son mostrar las experiencias de las mujeres artesanas de San Cristóbal Zapotitlán en la ejecución de su oficio; cuestionar si podemos hablar de una feminización de la artesanía que se desarrolla en este espacio y, de ser así, presentar sus características e implicaciones para las mujeres y sus familias. El artículo plantea que el contexto artesanal de San Cristóbal reviste particularidades que propiciaron un incremento de las mujeres en la actividad reconociéndolas como principales protagonistas. A partir de una metodología etnográfica, las historias y relatos que comparten abren la posibilidad de

comprender sus vivencias y cotidianidad. La presencia de diversos agentes externos a la comunidad, programas e instituciones, participan en la construcción de sus identidades y permiten analizar los alcances de los procesos de feminización; lo que tiene consecuencias concretas en las reconfiguraciones y acomodos de las familias rurales.

**PALABRAS CLAVE:** *FEMINIZACIÓN DE LOS OFICIOS, MUJERES ARTESANAS, OFICIO ARTESANAL, FAMILIAS RURALES*

## Abstract

The feminization of trades entails diverse scenarios and consequences for those engaged in them. This study aims to examine the experiences of women artisans from San Cristóbal Zapotitlán in the practice of their craft; to question whether it is appropriate to speak of a feminization of the artisanal activity developed in this context; and, if so, to identify its characteristics and implications for women and their families. The article argues that the artisanal context of San Cristóbal possesses distinctive features that have encouraged an increased participation of women in the activity, positioning them as its principal protagonists. Drawing on an ethnographic methodology, the stories and narratives shared by the participants provide an opportunity to understand their lived experiences and everyday realities. The presence of various external actors, programs, and institutions contributes to the construction of their identities and enables an analysis of the scope of feminization processes. These dynamics have tangible consequences for the reconfiguration and adaptation of rural family arrangements.

**KEY WORDS:** *CHILD PREGNANCY AND MOTHERHOOD; CARE WORK; LIFE PROJECT; HUMAN RIGHTS.*

## Introducción

Al terminar la reunión de la cooperativa, todas observamos la muñeca que presenta la señora Luz<sup>1</sup>. Sus compañeras comentan sobre su habilidad para trabajar la hoja de maíz. Tiene treinta años dedicándose a la artesanía, pero debido a la artritis, sus manos ya no le “sirven” igual que antes. Doña Luz, como varias mujeres de su localidad, se dedica al oficio artesanal con hoja de maíz y de palma en San Cristóbal Zapotitlán, una comunidad ribereña del municipio de Jocotepec, Jalisco.

Los intereses de este estudio se centran en la participación de las mujeres de San Cristóbal en la artesanía y en el cuestionamiento sobre los procesos de feminización del oficio artesanal. La feminización no solo refiere la inclusión de mujeres dentro de una actividad, o que se contabilicen como mayoría en la misma; sino que representa categorías socialmente devaluadas que se asignan a quienes ejercen el oficio, la subordinación simbólica de esta práctica y una menor retribución económica (De Oliveira y Ariza, 2000; Chant, 2007; Moctezuma, 2025; Herrera y Lemus, 2026). Se puede agregar al análisis el destino que tienen los ingresos obtenidos, la conjunción de múltiples actividades que se desarrollan a la par de los oficios feminizados (dobles y triples jornadas), así como la informalidad de las prácticas. También pueden estar presentes algunos ejes diferenciadores que producen discriminación, como la edad, ciclo de vida o estado de salud de sus practicantes, en su mayoría mujeres. La feminización de este oficio promueve un diálogo sobre los significados que se atribuyen a la artesanía, la construcción de las identidades femeninas, el reconocimiento de sus habilidades y creatividad, así como la custodia de un legado transmitido casi siempre entre mujeres. Las representaciones e implicaciones de estos procesos pueden parecer una desventaja, pero también producen espacios de agencia, reconocimiento y negociación para las mujeres, sobre todo al interior de sus familias, al igual que en sus comunidades.

La metodología se basa en una etnografía feminista desde

---

1 Los nombres que aparecen en el texto son seudónimos para cuidar el anonimato de las interlocutoras. En sus testimonios se agregaron algunos datos de interseccionalidad para contextualizar sus experiencias dentro del oficio artesanal.

los conocimientos situados (Haraway, 1995), y en el enfoque centrado en las actoras rurales que reconoce su capacidad de agencia, así como su posicionamiento histórico y social. Los relatos de las mujeres y familias, agentes gubernamentales y organismos privados permitieron reconstruir sus experiencias para presentar alternativas sobre la manera en qué se genera la feminización del oficio artesanal en la comunidad.

El artículo muestra algunos antecedentes de la incorporación de las mujeres al ámbito laboral y a los oficios, los efectos de su presencia en los espacios en los que se desarrollan, al igual que la feminización de ciertas actividades. Plantea una breve contextualización de San Cristóbal y de su artesanía, las transformaciones e intervenciones que ha tenido en los últimos tiempos, lo que ha favorecido la presencia femenina en el oficio. La llegada de diversos agentes externos como grupos religiosos, voluntarias, distribuidores artesanales, universidades, organismos e instituciones públicas y privadas se discute como uno de los principales elementos relacionados con el incremento de la participación femenina y la continuación de la práctica. Las experiencias de las mujeres al ser artesanas, así como las relaciones que construyen en el oficio, permiten reflexionar sobre los alcances de la feminización en el desarrollo e incremento de sus oportunidades. Por último, se discuten los cambios generados en las familias rurales de San Cristóbal para dialogar los acuerdos y negociaciones que se llevan a cabo al interior del núcleo familiar.

## Nota metodológica

El artículo forma parte de los resultados de un proyecto de investigación antropológica y doctoral (Zepeda-Cazarez, 2022<sup>2</sup>). Los datos que se presentan corresponden principalmente a los testimonios de 28 entrevistas llevadas a cabo entre el 2019 y 2020 con mujeres artesanas de diversas edades y características pertenecientes a 19 familias de San Cristóbal. La mayoría de las entrevistas fueron individuales, pero algunas se realizaron en conjunto con otras y otros miembros de las familias. También se consideró la información proporcionada

---

2 El trabajo forma parte de la investigación que realicé durante mis estudios de doctorado en Ciencias Sociales en CIESAS Occidente durante el periodo de 2018-2022, en los que conté con el apoyo de una beca de CONACYT.

por los actores gubernamentales y privados. Durante el trabajo de campo se realizó un proceso profundo de inmersión en la comunidad con recorridos y visitas constantes, además de asistir con regularidad a las reuniones de la cooperativa de mujeres artesanas y a otros eventos como capacitaciones, ferias y exposiciones artesanales.

A partir de una etnografía feminista situada, así como la perspectiva centrada en las actoras histórica y socialmente posicionadas en un contexto particular, el estudio busca hacer énfasis en su capacidad de agencia. A través de la propuesta del conocimiento situado y la perspectiva parcial, se asume que la generación de conocimiento científico está articulada con el contexto particular y con el posicionamiento de quien investiga, por lo que debe basarse en una mirada crítica reflexiva de los procesos de dominación y del ejercicio del poder (Haraway, 1995, p. 321). La perspectiva centrada en las actoras propone que ellas producen, no solo reproducen la estructura social y de significados (Menéndez, 1997, p. 239). Pretende, entre otras cosas, dar la palabra a las sujetas sociales que no la tienen; pero también considera que pueden estar silenciadas cultural y/o políticamente por otros actores, no solo de sectores dominantes “externos”, también locales. Por otro lado, este planteamiento implica no sólo escucharlas, sino asumir que su voz no está manipulada por intereses ajenos a ellas (Menéndez, 1997, p. 248). Esta visión explora las prácticas auto organizadoras de quienes habitan, experimentan y transforman el espacio social; se enfrentan a disputas por los recursos, significados, control y legitimidad institucional (Long, 2007, p. 21).

Para la construcción de los datos se utilizaron historias de vida de las mujeres artesanas y relatos de familias en contexto. A partir de la historia oral, se elaboraron sus genealogías y trayectorias en el oficio artesanal. Además de la realización de entrevistas a profundidad y en grupo familiar, se llevó a cabo observación participante; así como el análisis visual de otras fuentes de información como fotografías y objetos artesanales, que permitieron conocer con mayor profundidad las características del oficio artesanal que se desarrolla en San Cristóbal.

## Feminización de los oficios

Una primera definición del concepto de feminización de los oficios alude a las actividades que se ejercen mayoritariamente por mujeres, o aquellas que anteriormente eran exclusivas de hombres (Cabana y Freire, 2018, p. 56). La feminización de una actividad va más allá de la mera participación de mujeres, también implica la asignación de categorías socialmente devaluadas a quienes las realizan, la subordinación simbólica de la actividad y una menor retribución económica (Durán, 2016, p. 14; Herrera y Lemus, 2026, p. 4). Sin embargo, estas actividades también involucran elementos identitarios, ya que materializan a los sujetos femeninos que los hacen o han enseñado a hacer y representan su legado (Pérez-Bustos, Chocontá-Piraquive, Rincón-Rincón y Sánchez-Aldana, 2019, p. 267). La feminización del oficio implica un saber-hacer, una muestra de las habilidades, ingenio y creatividad de las mujeres; a la vez que conserva el patrimonio cultural de las comunidades, brinda oportunidades a quienes lo practican (Moctezuma, 2025, p. 224). Es importante distinguir la intención de poner el acento en los oficios femeninos, que concentran una larga trayectoria dentro del trabajo de las mujeres, en comparación a su presencia dentro de las profesiones; lo que implica otros elementos económicos, sociales y culturales sobre sus funciones en las familias y en la sociedad<sup>3</sup>.

El estudio de la feminización de los oficios remite a una serie de antecedentes históricos sobre la participación de las mujeres en las distintas actividades consideradas propias para ellas. Estas labores siguieron un matiz doméstico desde tiempos prehispánicos hasta la inmersión de las mujeres a las primeras fábricas a finales del siglo XIX. A partir de esos momentos, se puede identificar con claridad la presencia femenina como fuerza de trabajo, lo que originó distintos efectos en sus experiencias.

Las actividades realizadas por mujeres se revisten de complejos elementos. Al ser definidas por un cuerpo potencialmente materno, las mujeres debían dirigir sus labores

---

3 Distingo el concepto “oficio” como una actividad manual que se aprende en la práctica y para la que no se requiere un título o un proceso educativo institucional para ejercerlo, pero si una habilidad concreta. En contraparte, la “profesión” exige una formación específica, especializada y formal para desempeñarla, y está avalada por un título o diploma que sustenta el conocimiento adquirido.

al bienestar de su marido y de su descendencia. Su espacio era exclusivamente el doméstico, debían estar satisfechas dentro de los límites de una casa, no manifestar el menor signo de ambición. Su finalidad era servir a quienes por derecho salían a la vida pública y traían el sustento al hogar, donde la mujer debía esperar atenta a las necesidades de su proveedor (Tuñón, 2015, p.25). Sin embargo, es claro que en todo momento las mujeres han buscado diversas formas para conseguir recursos, sobrevivir ellas y sus familias. El ingreso generado por ellas se invertía en la casa o en el taller familiar, no contaban con un salario ni prestaciones por su labor.

A finales del siglo XIX, las mujeres que por siglos trabajaron en las casas, desde las casas, o en las calles vendiendo productos son requeridas por las fábricas que buscaban mano de obra barata. Al mismo tiempo, los avances tecnológicos y el uso de nuevos instrumentos de trabajo impulsaron actividades que serían fundamentales para visibilizar los oficios femeninos de inicios del siglo XX: oficinistas o secretarías que requerían utilizar la máquina de escribir; telefonistas que aprendieron el oficio de conectar personas a la distancia; o modistas que aprendieron el funcionamiento de las máquinas de coser. Pero todos estos oficios novedosos no suprimieron las actividades tradicionales de ser sirvientas, artesanas y vendedoras de diversos productos de consumo en la calle y en mercados (Tuñón, 2015, p. 160).

En esta etapa, algunas actividades se feminizan, otras no. Es relevante cuestionar las razones de estos cambios, si las actividades se realizaban anteriormente solo por hombres, o si desde sus comienzos estuvieron presentes las mujeres. Para algunas autoras, el contexto que permitió la incorporación de mujeres al trabajo remunerado fue, en primer lugar, la salida de la esfera privada y su presencia en el ámbito público propiciada por los cambios en el mercado laboral. Aunque las mujeres, de una u otra forma, en las distintas épocas, aparecían en lugares donde se suponía no debían estar. Pero la confrontación del papel femenino con el mundo laboral se formaliza a partir de las exigencias de la industria de producción masiva de artículos. Mora (1994, p. 128) establece una primera división entre el trabajo femenino preindustrial e industrial. El primero caracterizado dentro de la llamada “economía familiar”; el segundo, a partir de la demanda de mano de obra femenina

en las fábricas. La autora concibe la incorporación laboral de la mujer como un proceso, cuyo primer nivel corresponde a realizar trabajos vinculados con un quehacer tradicional (como en el caso de las costureras, tabaqueras y pureras), o con tareas domésticas (planchadoras, lavanderas, cocineras y empleadas domésticas); para luego llegar al momento en que se incorporan al trabajo asalariado dentro y fuera del hogar.

La existencia de oficios femeninos ha facilitado la remuneración diferencial y una jerarquía social en la que la subordinación de género, además de la de clase, creó una división del trabajo específica. Las tareas identificadas como “femeninas” sufren descalificación porque se les considera una prolongación de las funciones maternas y domésticas intrínsecas a las mujeres (Queirolo, 2015, p. 118). En las primeras actividades industriales, las “habilidades femeninas” que eran producto del propio aprendizaje social significaban altos márgenes de productividad, pero no se consideraban una “especialización” laboral (Mora, 1994, p. 135). En el mismo sentido, Hernández (1988, p. 22) comenta que, por ejemplo, el adorno de calzado es la actividad que tiene las peores condiciones dentro de esa industria. En ella no participan los hombres, se considera una labor de mujeres porque son más “curiosas”. A pesar de la importancia del adorno para el producto final, el capital industrial lo ha mantenido y reproducido como el trabajo más descalificado, así como peor remunerado. Lo que hace femenino al adorno de calzado son sus condiciones materiales, no las supuestas cualidades necesarias para realizarlo (delicadeza, curiosidad). Por lo que la clasificación sobre la naturaleza de una actividad, y no su dificultad, es lo que establece el valor social y económico que reciben sus ejecutantes. El oficio artesanal es en sí mismo una actividad devaluada que, al ser ejecutada por mujeres, toma elementos de mayor desigualdad.

La práctica artesanal que se realiza en San Cristóbal tiene características singulares respecto a los procesos de feminización. La elaboración de canastas de palma tiene una larga tradición, pero la producción de flores y figuras de maíz es mucho más reciente. Esta última toma elementos de los procesos de globalización y de la demanda de artículos artesanales con rasgos tradicionales que puedan ajustarse a los gustos e imaginarios de los consumidores, tanto nacionales como internacionales (Villarreal, 2002, p. 420); donde las mujeres

han tomado protagonismo y muestran altas capacidades para flexibilizar su trabajo.

En la elaboración de sombreros y canastas de palma los hombres estuvieron presentes de forma constante e incluso casi exclusiva (sombreros). En los años noventa, cuando surgió la hoja de maíz, su participación cambió y las mujeres tomaron como propia esta actividad. Sin embargo, muchos hombres se fueron reincorporando al oficio al constatar que podía constituirse como un trabajo redituable. En un inicio, solo ayudaban a sus esposas, madres o hermanas por las noches o en sus ratos libres, cuando no fueran vistos por vecinos o parientes; luego empezaron a trabajar abiertamente en ello. Algunos pasaron de inmediato a convertirse en distribuidores, siendo significativo que los comercios de los hombres crecieran a un ritmo mucho mayor que los de las mujeres (Villarreal, 2002, p. 445).

El éxito de la artesanía de hoja de maíz se atribuyó fundamentalmente a las mujeres, su papel económico y social fue imprescindible para la generación de recursos en una época de crisis (Zanotelli, 2004, p. 81), por lo que continúa hasta hoy en día. Lo anterior fue posible gracias a que las mujeres eran las que asistían a las capacitaciones y reuniones, por lo que fueron las principales beneficiarias de los programas artesanales de apoyos públicos y privados. Pero es importante diferenciar las condiciones o beneficios de unas artesanas con respecto de otras. Villarreal (2002, p. 446) comenta que algunas se han convertido en emprendedoras que generan redes y espacios para la venta de los productos artesanales. Se trata de mujeres vinculadas con los agentes externos que han estudiado o trabajado en Guadalajara y salen con frecuencia de la comunidad. Para las otras artesanas que, por lo general, maquilan los productos, la artesanía les ha brindado ingresos, pero también incrementó sus labores y confinamiento en el hogar, donde combinan la artesanía de hoja de maíz con sus quehaceres domésticos.

En el análisis sobre la feminización del oficio es útil reflexionar sobre las causas de que la artesanía se atribuya fundamentalmente a las mujeres. Aunque no son pocos los hombres que la trabajan, y que además participan de las alternativas más redituables dentro de la actividad artesanal, como el comercio o la distribución de los productos. A continuación, se muestran algunos elementos para profundizar

en la comprensión y elementos que configuran el oficio artesanal desde las características de la artesanía en San Cristóbal, el papel de los agentes externos, las experiencias de las mujeres y los efectos de la feminización del oficio en las familias, al igual que en la comunidad. A partir de los cambios en las actividades económicas de la región, la llegada de programas e instituciones de fomento artesanal, la organización y participación en las cooperativas, así como la creación de un centro artesanal, podemos empezar a dibujar un panorama específico de los procesos presentes.

## La artesanía en San Cristóbal Zapotitlán

Para comenzar la contextualización del espacio en el que se desarrolla el oficio artesanal es relevante establecer que en la región de la Ribera de Chapala se observan condiciones que remiten al sistema económico y social global, a la vez que imprime su propia dinámica en ellos. Tiene una función económica, ambiental y turística, pero también una identidad cultural. En ella circulan personas, bienes, discursos y prácticas que transitan desde las localidades ribereñas hacia el sistema económico y político mundial (Guevara, García y Del Río, 2021, p. 20). Sin embargo, debemos precisar que algunas de sus principales problemáticas influyen de manera directa en el desarrollo del oficio artesanal y en la participación de las mujeres. La industria inmobiliaria, el turismo de jubilación y las actividades de agroexportación transforman las dinámicas locales, generan la ocupación de los territorios, apropiación de bienes naturales y empleos de bajos salarios. El despojo de los recursos locales modifica las formas de vida tradicionales y las alternativas de sustento con las que cuentan las familias (Sandoval, 2022, p. 131).

La cercanía con el Área Metropolitana de Guadalajara propicia fenómenos como la gentrificación rururbana, caracterizada en este espacio por el cambio de uso de suelo de rural a urbano, así como la propagación de los monocultivos (berries y agave) que han atraído los intereses de inversores, transformadores inmobiliarios y nuevos residentes de mayor poder adquisitivo. Estos procesos alteran la dinámica social y la economía local, generan conflictos socioespaciales entre los residentes originarios y las dinámicas culturales propias de

las urbes (Rojas, 2025, p. 25). Dentro de estas tensiones, la artesanía toma nuevos matices y transforma la participación de sus practicantes.

San Cristóbal Zapotitlán es un pueblo ribereño con una población de poco más de 2,500 habitantes (INEGI, 2020). Debido a su ubicación, colindante con el Lago de Chapala, desde tiempos antiguos sus habitantes se han dedicado a la pesca junto al trabajo en el campo. Sus orígenes lo identifican como una población indígena coca que a la llegada de los españoles a la región fue nombrada San Cristóbal Zapotitlán (Velázquez, 2019, p. 21). Además de la pesca y la agricultura, sus habitantes reconocen a su pueblo como cuna de músicos. En las últimas décadas, el oficio artesanal ha cobrado vital importancia para la economía de las familias como una actividad practicada sobre todo por mujeres. Hasta hace algunos años, cerca del 90% de las mujeres que trabajaban en San Cristóbal se relacionaban con la artesanía (Mora y De Regil, 2013, p. 551). El último censo artesanal realizado por el Ayuntamiento de Jocotepec reportó 323 personas dedicadas a la artesanía en la localidad, 328 mujeres y 5 hombres.

La elaboración de objetos utilitarios en la comunidad está presente desde tiempos remotos. Sin embargo, algunos oficios artesanales (como la elaboración de canastas de palma) persisten con dificultad, aunque se identifican como habituales desde finales del siglo XIX. Los habitantes de San Cristóbal consideran que una de las primeras artesanías con presencia constante en el pueblo (hasta los años noventa del siglo pasado) era el tejido de trenza para sombrero. Se realizaba por muchas personas y era común aprender a tejer palma desde la infancia. Los señores la traían del cerro o algunos arrieros les llevaban la palma para tejerla y entregarla en Sahuayo, Michoacán. Esta actividad era frecuente en los hombres, quienes después de sus jornadas en el campo o en la pesca se sentaban afuera de sus casas o en las esquinas para hacer sombreros.

Otra artesanía que aún persiste son las canastas de palma. Algunos habitantes del pueblo mencionan que en los años treinta del siglo pasado el señor Emigdio Castillo fue detenido en la cárcel de Chapala, ahí aprendió a tejer las canastas. Al regresar al pueblo enseñó a su familia y también aprendieron otras personas. Tiempo después, a finales de los años setenta, llegaron al pueblo religiosas del Sagrado Corazón,

que comenzaron a impulsar diversos oficios en los habitantes, entre ellos la elaboración de las canastas. Junto con las religiosas, algunas voluntarias que visitaban o tenían sus casas en el pueblo comenzaron a interesarse por la artesanía que realizaban. Una de ellas fue la señora Elena Aguilar, que apoyó a las mujeres y familias para que otras aprendieran a elaborar canastas y comenzó a distribuirlas en distintos lugares. Junto a los esfuerzos de la señora Elena otras voluntarias impulsaron la conformación de la primera cooperativa de mujeres artesanas que se vinculó con programas de apoyo gubernamentales y privados (Cooperativa Artesanas San Cristóbal, s.f).

Durante los años ochenta y noventa, la comunidad elaboró de forma constante canastas y otros artículos de palma como figuras, manteles, bolsas y sillas. Pero con la llegada de los productos “chinos” a los mercados artesanales locales como el de Tonalá, sus pedidos fueron disminuyendo, por lo que el trabajo artesanal fue cada vez menos rentable. Por esta razón, en los años noventa, la señora Elena comenzó a proponer otras actividades que pudieran realizar para seguir apoyando a las familias, como los bordados, hilados y tejidos, que muchas mujeres ya elaboraban para comerciantes de Chapala. Una de estas propuestas fueron las artesanías elaboradas con hoja de maíz, que empezaron a aprender en los cursos que se impartían en el pueblo con el apoyo de la señora Elena, otras voluntarias y organismos públicos como el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA).

La hoja de maíz tuvo gran aceptación, cada vez más personas, en especial las mujeres, comenzaron a aprender la “nueva” artesanía y a elaborar sus propios diseños de flores y figuras como muñecas, nacimientos, coronas o catrinas. Los pedidos eran cada vez más, por lo que comenzaron a exportar sus productos. Sin embargo, la excesiva oferta propició que bajaran los precios. Cada vez los distribuidores ofrecían un menor pago por las artesanías, por lo que también disminuyó la calidad y el interés por el oficio. Pero debido al apoyo que recibían de distintos programas e instituciones la artesanía se mantuvo. En el año 2015 se inauguró un centro artesanal para seguir impulsando la actividad en la comunidad. En esos años se propuso la creación de una nueva cooperativa de mujeres artesanas para gestionar el centro con el apoyo de otras organizaciones como el Instituto Tecnológico y de Estudios

Superiores de Occidente (ITESO).

Los efectos de la presencia de intermediarios y la creación de cooperativas de mujeres artesanas pueden brindar elementos para explicar las transformaciones del oficio y la participación de las mujeres. Los agentes externos han participado por mucho tiempo en la comunidad, continúan brindando acompañamiento y capacitación constante a las artesanas. Pero cabe señalar que las mujeres que se vinculan con las instituciones, que pertenecen o han pertenecido a las cooperativas no son las únicas artesanas de la localidad. De hecho, la mayoría de las artesanas de San Cristóbal trabaja por su cuenta o con su familia desde sus casas. Algunas de ellas también reciben apoyos o se inscriben a los programas de fomento artesanal, pero en menor medida que las integrantes de las cooperativas. Pertenecer a estos colectivos les brinda otras oportunidades, como la posibilidad de exponer, vender su obra en distintos espacios, así como la vinculación con diversas organizaciones de apoyo a las mujeres y a la artesanía. Formar parte de las cooperativas se plantea como un eje relevante en el análisis de la feminización del oficio.

**IMAGEN 1** SEÑORA YOLANDA EN UNA EXPOSICIÓN ARTESANAL



## Agentes externos, programas y políticas públicas en los procesos de feminización del oficio artesanal

Para dialogar las implicaciones de los agentes externos, los programas de apoyo, así como las instituciones públicas y privadas en el fomento de la participación femenina es preciso observar sus antecedentes recientes. Las técnicas artesanales que se llevan a cabo, en muchos casos, se han traído de fuera y luego se han exportado de San Cristóbal hacia otros lugares. Aunque también hay posturas que consideran esos conocimientos como ancestrales, transmitidos por las familias (sobre todo por las mujeres) que lo conservan hasta la actualidad. La artesanía, como práctica tradicional de los pueblos indígenas y campesinos, toma relevancia y se transforma por el impulso de los intermediarios, las políticas públicas, así como otros factores externos.

Una estrategia cotidiana de las mujeres de San Cristóbal es recurrir a los programas de apoyo o ayudas que desde hace mucho tiempo se ofrecen en el pueblo. Su interés por asistir a las juntas y reuniones las colocó como las principales beneficiarias de estos programas. Durante años han participado en cursos o capacitaciones diversas, por lo que es común que se inscriban a las convocatorias si conllevan algún beneficio, especialmente apoyos económicos o en especie. Sin embargo, el acceso a estos programas no es equitativo; los requisitos pueden ser complicados, o no se realiza una adecuada difusión en el pueblo, por lo que es común que los beneficios se otorguen a las mismas personas:

*“...si me inscribí al programa de los apoyos, vinieron unos muchachos a hacer el censo y me tomaron mis datos; pero después me pidieron que enviara unas fotos o vídeos, y como no supe hacerlo me quedé fuera, ya después no pude entrar...” (Señora Julia, 58 años, casada con hijos adultos, trabaja con las distribuidoras del pueblo).*

Antes de que comenzara el trabajo de las religiosas en la comunidad, la artesanía se elaboraba para el autoconsumo, la venta local o para llevar a otros poblados cercanos. En San Cristóbal se elaboraban escobas, sombreros, canastas, atarrayas; así como otros productos de hilados, bordados y tejidos que consumían o enviaban a vender, pero que también les

encargaban los distribuidores de la región. Con la llegada de las voluntarias en los años ochenta, comenzaron a tener presencia otros organismos públicos, como el Instituto Jalisciense de Asistencia Social (IJAS), que promovió la creación de la primera cooperativa artesanal para la elaboración de canastas (Cooperativa Artesanas San Cristóbal, s.f.). Luego otros actores gubernamentales comenzaron a tener más presencia en el pueblo, como el INEA, que brindó talleres para aprender el oficio; así como el Instituto de la Artesanía Jalisciense (hoy Dirección de Fomento Artesanal), y el Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías (FONART), que promovieron capacitaciones, la creación de otras cooperativas y diversos proyectos artesanales.

Con el éxito de la artesanía de hoja de maíz otros actores empezaron a intervenir. Surgieron distribuidores o comercializadores en el pueblo, pero sobre todo provenientes de otros lugares que iban a comprar los productos para venderlos dentro y fuera del país. Organismos privados y fundaciones se interesaron en el trabajo artesanal de San Cristóbal, como la Asociación ProMéxico y la Fundación Con Causa Azul; así como instituciones educativas, como la Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA), y el ITESO. Es común que estos intermediarios e instituciones trabajen en conjunto y desarrollen proyectos articulados. Aunque los cambios en las Administraciones gubernamentales, municipales y locales, así como en las políticas públicas orientadas a la artesanía también repercuten en la participación de las mujeres.

Las políticas actuales, sobre todo las locales, han desplazado los apoyos económicos hacia procesos de capacitación y formación en emprendimientos, lo que no resulta muy atractivo para muchas artesanas. Para recibir los apoyos, es frecuente que las autoridades soliciten que las artesanas formalicen su trabajo, se inscriban en los programas y realicen una serie de procedimientos para obtener su registro. Estos requisitos son poco atractivos para las mujeres que practican la artesanía de manera temporal o complementaria, para las artesanas de mayor edad, o para quienes no pueden vincularse de forma tan estrecha con los organismos. Por otra parte, la construcción del centro artesanal y la creación de las cooperativas fueron iniciativas de Administraciones anteriores, por lo que su continuidad se pone en entredicho al desaparecer programas y

limitar los recursos en las Administraciones actuales. Además, se debe reflexionar sobre los intereses gubernamentales e institucionales para impulsar la práctica artesanal, derivados de los procesos de transformación de los territorios, y las nuevas dinámicas económicas, sociales y culturales en la región.

Anteriormente, al inscribirse en el registro de artesanos, las mujeres podían obtener un apoyo de \$2,500 para la compra de materiales. Los recursos del programa eran del FONART, y las autoridades locales eran las encargadas de gestionarlos. Las artesanas debían comprobar el gasto con las notas y facturas de sus materiales. Algunas recibieron el apoyo en varias ocasiones; otras solo una vez porque no comprobaron los gastos, ya que utilizaron el dinero en otras necesidades del hogar. La precaria economía familiar obstaculizaba que pudieran cumplir con los requisitos del programa, un problema recurrente que los intermediarios intentaron resolver solicitando otros comprobantes, como las facturas del gas. Algunas alternativas de apoyo estaban dirigidas a la participación en exposiciones o ferias artesanales, como el pago del stand, el transporte y los viáticos; lo que ayudaba a que las cooperativas construyeran nuevas redes y establecieran contactos. Aunque cabe destacar que este apoyo estaba dirigido sobre todo a las cooperativas, o a las artesanas distribuidoras, quienes estaban interesadas en participar en estos eventos. También algunos apoyos estaban destinados al cuidado de su salud, como la entrega de lentes, lo que benefició a muchas artesanas mayores:

*“...hace tiempo nos regalaron lentes, y si nos sirvieron mucho porque la vista se cansa, pero si te daban lentes ya no podías recibir otro apoyo. A las más jóvenes les dieron para los materiales, y a nosotras nos dieron lentes...”, “...después en la cooperativa nos invitaron a participar en una exposición, que nos iban a pagar muy bien por las piezas, pero teníamos que darles facturas. En ese tiempo nadie sabía de eso y pues no fuimos. Ahora ya tenemos alguien que nos ayuda cuando nos piden facturas...” (Señora Mercedes, 73 años, viuda con hijas adultas, trabaja en cooperativa).*

En estos escenarios es pertinente cuestionar los beneficios que representa la intervención de otros actores e instituciones para las artesanas y las familias. Si bien es cierto que han motivado el incremento de su participación, los apoyos no se

distribuyen de manera homogénea, casi siempre se concentran en quienes están relacionadas con las autoridades u organismos. En contraste, las diferencias socioeconómicas y las barreras administrativas continúan limitando la participación de otras mujeres, reproduciendo desigualdades y una feminización del oficio que pareciera favorecer solo a ciertos grupos de artesanas, e incluso a los mismos intermediarios.

## Las mujeres en la actividad artesanal de San Cristóbal

La presencia de las mujeres en la artesanía da cuenta de múltiples experiencias a partir de las distintas formas de participación que tienen en el oficio; las relaciones que se suscitan entre ellas y otros actores, los cambios en sus formas de vida, así como las implicaciones creativas de sus obras. Al tratar la feminización del oficio desde el punto de vista de las mujeres, debemos explicar qué significa ser artesanas, cómo se configuran las identidades femeninas al ejercer el oficio. En algunos escenarios la feminización puede implicar subordinación y desigualdad, pero también agencia y resistencia. Las mujeres artesanas tienen la capacidad de realizar cambios, modificar su realidad para mejorar su bienestar, participar en redes, asociaciones y generar mecanismos de negociación (Ranaboldo, 2018, p. 10).

Un elemento que forma parte de estas configuraciones son las expectativas que se tienen sobre el trabajo femenino y las exigencias que deben cumplir para el reconocimiento de sus creaciones. Se espera que las artesanas produzcan obras de alta calidad, originalidad, y hasta perfección. Si es posible, que innoven sin perder la tradición; que sepan comercializar, planear, que aprendan a usar tecnología; y, de preferencia, que participen en concursos o busquen ganar premios (Bartra, 2013, p. 17). Ante estas altas expectativas del trabajo artesanal de las mujeres, debemos indagar sobre los efectos que tienen estos requerimientos en ellas y en sus relaciones:

*“...la mejor artesana que conozco es Liliana. Es muy bien hecha, muy curiosa y creativa, lo que le pidas te hace y le queda bien. Yo la verdad no soy muy buena, le echo ganas, y me salen bien las virgencitas porque hago un montón, pero si me pones a hacer otra cosa*

*me salen chuecas (ríe)...”, “...hay quien tiene el don, y las que no tanto, pero también están las que por agarrar muchos pedidos entregan cualquier cosa, eso no está bien...” (Señora Lucía, 48 años, casada con hijas e hijos adolescentes y jóvenes, trabaja en cooperativa).*

Las mujeres siempre han estado presentes en la artesanía, con menor o mayor visibilidad, pero en los últimos tiempos han tenido un cambio sustancial en sus formas de participación. En gran medida, la presencia de los agentes externos ha propiciado la variedad de actividades que las mujeres artesanas realizan dentro del oficio, así como las distintas maneras de identificarse. Las mujeres pueden considerarse como artesanas eventuales o por proyectos, también hacer del oficio su ocupación permanente; ser de reciente incorporación o tener una larga trayectoria artesanal; trabajar de manera independiente o pertenecer a las cooperativas; considerarse empresarias, distribuidoras, proveedoras o comerciantes; e identificarse como maestras artesanas. Estas distinciones son relevantes para entender las diversas formas en que las mujeres se acercan al trabajo artesanal y construyen relaciones.

Una de las formas de participación que más llama la atención en los procesos de feminización de los oficios es la conformación de colectivos. Las cooperativas de mujeres artesanas constituyen espacios de organización, solidaridad y autonomía donde amplían su perspectiva relacional, productiva, económica y personal. Los colectivos las apoyan para transformar sus formas de trabajo, adquirir nuevas habilidades, tener un acompañamiento continuo por parte de otras mujeres. En un sentido amplio, las cooperativas se conciben como comunidades vivas que se mueven y proyectan, construyen una complementariedad no jerárquica, reciprocidades y autonomías (Paredes, 2013, p. 89). Sin embargo, suelen tener ciertas restricciones para su ingreso, conformarse por un grupo particular o solicitar asistencia continua. Las mujeres no tienen las mismas posibilidades de interactuar ni de aprovechar los beneficios de estar en la cooperativa debido a sus propias particularidades, como ser madres, ser mayores, estar enfermas o tener una carga doméstica y de cuidados que no les permita asistir a las reuniones. Además, en estas interacciones, las participantes tienen intereses u objetivos distintos, que a su vez pueden estar determinados por otros y generar conflictos. Aun

así, las artesanas que pertenecen a las cooperativas de San Cristóbal expresan cambios positivos a partir de su ingreso. Consideran que recibir las capacitaciones y asistir a los talleres les anima a hablar y expresarse. Sienten confianza al decir su opinión, algo a lo que no estaban acostumbradas, además de ser un espacio seguro para ellas y para sus familias:

*“Vieras, yo antes sentía mucha pena. Venía a las juntas, pero nunca hablaba. Me preguntaban y me daba vergüenza, pero ya después fui agarrando confianza...”, “... aquí nos dan muchas pláticas, de la familia, de los hijos, de todo, y eso me ayudó para animarme a hablar. Ahora hasta soy la tesorera, antes ni cuando me hubiera animado...”*  
(Señora Sofía, 37 años, casada con hijos pequeños y adolescentes, trabaja en cooperativa).

La convivencia continua puede generar desacuerdos e incluso rivalidades, pero son casos aislados. Las mujeres mencionan haber logrado un desarrollo individual y colectivo al conformar estas organizaciones. La generación de grupos de apoyo es un elemento imprescindible que posibilita su participación. Estos grupos no se limitan al trabajo artesanal, sino que les permiten generar vínculos que se reflejan en un mayor desarrollo personal y comunitario que, por lo general, se conforma dentro de las cooperativas:

*“Cuando mis hijos se casaron me quedé sola en la casa. Una vecina me invitó a venir, y como ya sabía hacer coronas porque mucho tiempo le ayudé a mi mamá, pues me animé. Y así estuve viniendo...”, “...aquí me siento a gusto porque estoy acompañada, y se me pasa rápido el rato cuando vengo...”* (Señora Laura, 70 años, viuda con hijos adultos, trabaja en cooperativa).

Las artesanas reciben apoyo de instituciones privadas, públicas y académicas que les facilitan espacios para la exposición y venta artesanal, lo que aumenta las dinámicas de interacción de estas mujeres, así como la conformación de otras redes. Pero es importante conocer los matices de la participación colectiva confrontada con los efectos individuales en cada mujer que forma parte de estos grupos, ya que cada una de ellas realiza actividades diversas. Sus experiencias configuran una variedad de ser, hacerse y sentirse artesana a través de estos vínculos.

## IMAGEN 2 MUJERES ARTESANAS DE LA COOPERATIVA EN EL CENTRO ARTESANAL



La feminización del oficio también se relaciona con el papel de las mujeres como guardianas y transmisoras de la tradición artesanal. El reconocimiento de sus familias, al igual que de la comunidad, les ha permitido acceder a espacios vetados históricamente para las mujeres. Los hombres que antes estaban muy presentes en la actividad artesanal fueron apartándose sin confrontación, porque al final de cuentas, las mujeres realizaban artesanía, aunque no se les reconociera. Los apoyos externos y la promoción de la hoja de maíz contribuyeron a que no fueran percibidas de forma negativa; les permitió desarrollar el oficio en una atmósfera de revaloración de la artesanía, por lo que asumieron un papel de guardianas de la tradición:

*“Mi mamá empezó a hacer canastas con la señora Elena y nos enseñó a todos en la casa. Desde chiquita aprendí y me gusta mucho, Ahora trabajo la hoja porque se vende más, pero quisiera que mis hijas siguieran la tradición de la canasta y no se pierda, es algo muy bonito que debemos cuidar...” (Señora Francisca, 45 años, casada con hijas jóvenes, artesana independiente).*

Estos elementos muestran que no es necesario que las mujeres se encuentren dentro de un oficio desde tiempos

remotos para tener la posibilidad de que se reconozca su trabajo y aportación para su continuidad. De hecho, la presencia de las mujeres en muchas de las actividades consideradas feminizadas es muy reciente.

El contexto neoliberal posterior a 1980, intensificó la participación femenina en los hogares y comunidades a partir de los recortes de los servicios del Estado, lo que favoreció el incremento de la inversión privada en el campo y las oportunidades laborales para las mujeres rurales (Chant, 2007, p. 346). Esta reestructuración abrió nuevas oportunidades laborales para las mujeres, aunque en condiciones precarias y desiguales (Rodó, 2022, p. 6). La crisis de las actividades agropecuarias obligó a diversificar y flexibilizar sus ocupaciones. Como requerían quedarse en el hogar, desarrollaron dos capacidades: adaptar sistemas de trabajo para desempeñar desde sus casas, así como combinar el quehacer doméstico con actividades remuneradas (Arias, 2009, p. 112). La práctica artesanal se convirtió en una estrategia que les ofrecía ingresos, pero también espacios de autonomía y reconocimiento:

*“Desde chiquilla trabajé en muchas cosas, ayudaba en las casas, desgranaba maíz, atendía en una tienda. Luego, cuando me casé, bordaba blusas y vestidos que entregaba para una señora de Chapala...”, “...mi marido se fue a Estados Unidos y allá hizo otra familia. Nos mandaba dinero, pero a lo lejos, por lo que me hice cargo de mis siete hijos casi yo sola. Vendía muchas cosas, y también hacía artesanía, sobre todo cuando mis hijos estaban chicos y no me podía salir de la casa. Ya después que crecieron los podía dejar más tiempo solos...” (Señora Luz, 62 años, separada con hijos adultos, trabaja en cooperativa).*

La incorporación de las mujeres a la artesanía ha sido contradictoria. Por un lado, otorga independencia económica junto a capacidad de decisión dentro del hogar; por otro, incrementa su carga de trabajo al mantener la responsabilidad casi exclusiva de las tareas domésticas. Sin embargo, es común que las mujeres identifiquen una mejora en sus condiciones de vida al incorporarse al ámbito laboral. La participación de las mujeres comprende su acceso no solo a bienes y servicios, sino al derecho de tomar decisiones sobre el bien común y los procesos sociales que construyen bienestar mediante la igualdad en el ámbito económico (Ranaboldo, 2018, p. 11). Para

Kay, muchas mujeres valoran su creciente participación en las actividades económicas, ya que les ofrece la oportunidad de negociar una mejor relación con sus parejas o con sus padres, a la vez que reduce su sometimiento en el hogar. Tienen mayor independencia, aunque su carga de trabajo haya incrementado debido a que los hombres no asumen responsabilidades en las labores domésticas (2009, p. 616).

La contribución de las mujeres al trabajo y a los ingresos familiares ha estado presente, pero permanecía invisible, todo lo que ellas hacían además del trabajo doméstico formaba parte de sus labores cotidianas, no recibían ningún reconocimiento por su “apoyo”. Las múltiples crisis del ámbito rural diversificaron y flexibilizaron las ocupaciones de las mujeres. Aprendieron a buscar y aceptar cualquier actividad laboral que se ofreciera en sus comunidades y representara un ingreso. La artesanía de San Cristóbal ha respondido a esas necesidades, brinda la posibilidad de producir ingresos, dota de una mayor capacidad de agencia y de acción. Las diversas formas de participación de las mujeres en la economía del hogar han propiciado cambios para ellas y sus familias, complejizando sus relaciones, redefiniendo a las familias rurales (Ramírez, 2024, p. 383).

## Reconfiguraciones familiares en el oficio artesanal de San Cristóbal

La participación de las mujeres en la artesanía representa cambios sustanciales en la organización de las familias, en la capacidad para negociar sus responsabilidades y en los reacomodos para participar en otras actividades distintas a las domésticas o de cuidados. Indagar en las transformaciones derivadas de la feminización del oficio permite comprender mejor las relaciones familiares y las dinámicas de la comunidad. Las mujeres han generado recursos en la búsqueda constante de alternativas de subsistencia, aunque condicionadas por la estructura social en tensión continua. Para algunas, incrementar su participación pública ha aumentado en gran medida su trabajo y desgaste físico. Las mujeres artesanas asumen un papel central en la organización del hogar, en el cuidado de sus integrantes. Al generar ingresos continúan con sus estudios, se capacitan, participan en los programas, convocatorias, crean redes de apoyo comunitario y hacia el exterior, se desplazan a

otros espacios, crean vínculos:

*“Mi hija trabaja y me deja a su niño. Cuando me toca venir a las reuniones me lo traigo y aquí lo cuido...”, “...estoy en el curso pero no dejo de trabajar. Aprovecho para avanzar aquí porque cuando llego a la casa tengo que hacer la comida y terminar el quehacer. Ya hasta la tarde le puedo seguir con las canastas y, a veces, me quedo hasta once o doce de la noche (Señora Mariana, 55 años, casada con hijas e hijos adultos, trabaja en cooperativa).”*

Diversos estudios han señalado que la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado modifica las dinámicas domésticas y comunitarias. Al contribuir al gasto familiar, las mujeres adquieren capacidad de decisión sobre el destino de los recursos, lo que se traduce en más responsabilidad y estatus dentro de la unidad doméstica, así como en la posibilidad de negociar espacios o libertades (Wilson, 1990, p. 196). De igual forma, la generación de ingresos puede favorecer cambios en las tensiones internas por el poder en el hogar. Sin embargo, estos procesos de negociación y transformación en las relaciones de género no son automáticos ni lineales, sino que dependen de la interacción de múltiples factores (Ramírez, 2024, p. 362). El trabajo asalariado de las mujeres, el acceso a mayores niveles educativos, el control de la fertilidad, el desgaste de normas y valores tradicionales frente a las prácticas sociales cambiantes ponen en entredicho los mandatos patriarcales impuestos (González de la Rocha, 1999, p.36). En ese sentido, las mujeres artesanas y sus familias enfrentan tensiones derivadas de su participación en la artesanía que, en algunos casos, han generado cambios significativos en la organización familiar y en el propio oficio.

Además de ser una fuente de ingresos, la artesanía es un legado familiar y comunitario que ha impulsado la transformación de las interacciones. El reconocimiento de las mujeres como proveedoras las ha dotado de una mayor capacidad de agencia, toma de decisiones en sus hogares y para el beneficio de su comunidad. Aunque esta reconfiguración y empoderamiento se acompaña de más responsabilidades, al tiempo que requiere una reorganización de la dinámica familiar:

*“...los dos nos ponemos a trabajar desde temprano (ella y su pareja). Mientras hago el desayuno, él le sigue con los pedidos. Luego me pongo a dar los acabados y*

*me ayuda a barrer o a trapear...”, “...apenas así, porque yo sola no puedo. Lo bueno que me entiende y en eso nos ponemos de acuerdo...”, “...ya el fin de semana nos vamos al tianguis de Tonalá a vender...” (Señora Lupita, 43 años, vive en unión libre sin hijos, artesana independiente).*

Las mujeres artesanas están en una búsqueda constante de mejores condiciones para ellas y sus familias. Aprovechan capacitaciones, programas, así como apoyos institucionales, pero incorporan a su práctica artesanal aquello que resulta compatible con sus formas de trabajo y organización familiar. Esta flexibilidad les permite transitar entre distintas estrategias económicas, entrar y salir del oficio según las condiciones del mercado o los apoyos que se ofrezcan, complementar sus ingresos con otras actividades:

*“...trabajo en la mora (berries), pero también es por temporada...”, “...cuando están los pedidos de hoja le ayudo a mi mamá, sobre todo en navidad, o para día de muertos que piden muchas catrinas...”, “...regreso como a las tres, y mi mamá ya tiene la hoja pintada, me pongo a armar las muñecas o a dar terminados...” (Rebeca, 22 años, soltera sin hijos, trabaja con su mamá).*

Es indiscutible que la participación de las mujeres en la economía del hogar ha traído cambios y transformado ciertas dinámicas. Algunas han logrado más independencia, como en el caso de las distribuidoras que salen de la comunidad para establecer relaciones incluso fuera del país. Pero lo anterior no significa que abandonen sus roles y responsabilidades, solo se modifican temporalmente; al regresar retoman las dinámicas asignadas tradicionalmente a la figura femenina. Las dobles, triples o múltiples jornadas son habituales en las mujeres artesanas, que suman actividades, responsabilidades familiares y comunitarias diversas.

Aunque para la mayoría de las mujeres artesanas siguen aplicando casi la totalidad de las responsabilidades domésticas, algunos hombres han comenzado a resignificar sus relaciones con las mujeres y sus responsabilidades en el hogar, sobre todo los que se relacionan con el oficio. Algunas parejas de las mujeres artesanas tienen asignadas tareas específicas en el proceso de producción que ellas dirigen, como pintar la hoja o ponerla a secar, así como elaborar alguna figura que sea su especialidad; aunque en el discurso se sigue manteniendo la idea de una

“ayuda” a la mujer, no de una responsabilidad. También están los casos de hombres que dejaron sus actividades y se dedican exclusivamente a la artesanía al mando de las mujeres porque es más redituable “ayudarles” a producir y vender.

Estos acomodos familiares de la artesanía, en algunos casos, se han realizado de forma permanente, pero ahora es frecuente que se muestren de manera abierta; lo que no sucede con las actividades domésticas y de cuidados, en las que la participación de los hombres, incluso de los artesanos, es eventual o inexistente.

Los hombres, casi siempre, participan de forma gratuita en la producción artesanal de su pareja o de su familia. Este “apoyo” forma parte de las actividades cotidianas que realizan dentro del hogar. Quienes lo hacen, por lo regular, lo significan como algo complementario o eventual, ya que tienen sus trabajos principales de los que sí reciben ingresos. Pero también están los casos de los hijos, nietos o sobrinos que colaboran en la producción familiar, quienes generalmente si reciben retribución. Las dinámicas que se llevan a cabo en los procesos de feminización del oficio también pueden posicionar a las mujeres como generadoras de empleo o de ingresos para sus familiares, incluidos los hombres, lo que contrastaría con la percepción de poca valoración de los oficios femeninos:

*“...a mis hijos ya les anda porque sea navidad porque les va rebien con las coronas. Se las pago a \$200 y hacen dos o tres al día. Ellos bien felices porque ya tienen para gastar, y a mí me ayudan mucho con los pedidos. En esas fechas entregamos hasta 50 coronas a la semana...”*  
(Señora Leticia, 50 años, casada con hijos jóvenes, artesana independiente y en cooperativa).

## Conclusiones

En este trabajo se desarrollaron algunos argumentos para analizar la transformación de la artesanía, cuestionar los procesos de feminización del oficio, así como sus implicaciones en la participación de las mujeres. La presencia femenina en el mercado laboral se incrementó y visibilizó por diversos factores estructurales, como los cambios en la demanda de mano de obra a comienzos del periodo de industrialización en nuestro país. En el ámbito rural, las múltiples crisis orillaron a las mujeres y a las familias a diversificar aún más sus estrategias para buscar cualquier actividad que les permitiera generar ingresos. La presencia de los programas públicos de fomento al empleo, los proyectos de capacitación y la llegada de distintos actores externos motivó en gran medida que las mujeres comenzaran a tener una mayor participación pública en la generación de ingresos.

El incremento en la difusión y posterior demanda de los productos artesanales de San Cristóbal abrió la posibilidad para que muchas mujeres se incorporaran al oficio artesanal. Después se mantuvo por el interés y apoyo de otros organismos e instituciones. Pero la feminización de la artesanía también conlleva elementos subjetivos e identitarios, más allá de la sola presencia de las mujeres en la actividad. Las creaciones artesanales llevan implícita la esencia de las personas que las realizan: las mujeres son artesanía, la artesanía es femenina. Ser artesana implica habilidades, ingenio, creatividad; pero también poseer un legado, custodiar un patrimonio familiar y cultural, así como tejer redes de acompañamiento y sororidad hacia otras mujeres.

Para finalizar, es primordial precisar el papel actual del oficio para las mujeres, sus familias y la comunidad. La artesanía de San Cristóbal se consideraba una actividad más entre las muchas que realizaba el núcleo doméstico para generar ingresos, en algunos casos, continúa de esa forma. Las personas del pueblo, en especial las mujeres, la practicaban porque era compatible con quedarse en casa y realizar otras actividades al mismo tiempo. No representaba grandes ganancias, sino una manera de subsistir. Pero los cambios que se suscitaron en las actividades económicas del pueblo revitalizaron el oficio y permitieron moldear su práctica a las condiciones y necesidades actuales.

La intervención de las religiosas, distribuidores, organismos públicos y universidades, así como el papel protagónico de las mujeres favorecieron que para muchas familias se convirtiera en una fuente de recursos considerable; lo que también tuvo un impacto positivo en el desarrollo económico de la comunidad. Varias mujeres y familias se profesionalizaron en el oficio artesanal convirtiéndose en distribuidoras o empresarias. La artesanía, que desde una primera mirada se puede pensar como reproductora de roles domésticos, posibilita a la vez salir de los mismos. Pertenecer a las cooperativas, participar en los proyectos o programas artesanales, asistir a exposiciones o eventos les permite construir redes y generar contactos más allá de los derivados del parentesco y la comunidad. Sin embargo, estos escenarios son escasos y pueden representar la prolongación de la sumisión o explotación de otras mujeres artesanas que, en su mayoría, continúan dentro de las dinámicas de subsistencia realizando actividades femeninas tradicionales.

## Bibliografía

- Arias, P. (2009). *Del arraigo a la diáspora, dilemas de la familia rural*. CUSCSH-Porrúa.
- Bartra, E. (2013). *Mosaico de creatividades, experiencias de arte popular*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Cabana, A. y Freire, E. (2018). Haciendo barro, produciendo género. Mujeres en la alfarería de la Galicia rural desde finales del siglo XX. *ARENAL*, 25:1, 53-70. <http://dx.doi.org/10.30827/arenal.v25i1.5635>
- Chant, S. (2007). Género y empleo. En Chant, S. Craske. *Género en Latinoamérica*. (pp. 334-387) CIESAS.
- Cooperativa Artesanas San Cristóbal. (s.f.). Historia. (Consultado el 20 de marzo de 2026) <http://mujeresartesanadelmaiz.com/historia.html>
- De Oliveira, O. y Ariza, M. (2000). Trabajo Femenino en América Latina: Un Recuento De Los Principales Enfoques Analíticos. En De la Garza, E. (coord.). *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. El Colegio de México-FLACSO-UAM-FCE.
- Durán, S. (2016). *El orden de género y las identidades en la licenciatura en Expresión Dancística de la UdeG*. [Tesis de maestría] Universidad de Guadalajara. <https://www.riudg.udg.mx/visor/pdfjs/viewer.jsp?in=j&pdf=20.500.12104/81976/1/MCUCSH10144FT.pdf>
- González de la Rocha, M. (1999). *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*. CIESAS-Plaza y Valdes.
- Guevara Z. M., García R. B. y Del Río L.M. (2021). *La ciudad-región Ribera de Chapala: oportunidades y retos desde el territorio*. Universidad de Guadalajara. [http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/kiosko/2021/19\\_La%20ciudad\\_region%20Rivera%20de%20Chapala%20ELECTcompleto.pdf](http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/kiosko/2021/19_La%20ciudad_region%20Rivera%20de%20Chapala%20ELECTcompleto.pdf)
- Haraway, D.J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Hernández, E. (1988). Mujer y trabajo: las adornadoras de calzado en Guadalajara. En Gabayet, et al. (comps.). *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción en el occidente de México*. El Colegio de Jalisco-CIESAS.

Herrera, C. y Lemus, L. (2026). Introducción al dossier Feminización y masculinización de ocupaciones. ¿Hacia la erosión de la división sexual del trabajo en el mundo laboral contemporáneo? *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 12, e1482. <https://estudiosdegenero.colmex.mx/index.php/eg/article/view/1482>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2020). Censo de Población y Vivienda 2020. (Consultado el 25 de marzo de 2026). <https://www.inegi.org.mx/app/scitel/Default?ev=9>

Kay, C. (2009). Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad?. *Revista Mexicana de Sociología*. 4. 607-645 <https://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/17769/16949>

Long, N. (2007). *Sociología del Desarrollo: Una perspectiva centrada en el actor*. El Colegio de San Luis-CIESAS.

Menéndez, E. (1997). El punto de vista del actor: homogeneidad, diferencia e historicidad. *Relaciones*. 67, 31-62. <https://sitios.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/069/EduardoLMenendez.pdf>

Moctezuma, P. (2025). La alfarería de Cuentepec, Morelos: la feminización de un oficio. En Mora M. (Coord.). *Cultura, la importancia de la historia para la educación en las regiones*. (pp. 213-230). UNAM-Instituto de Investigaciones Económicas y Asociación Mexicana de Ciencias para el Desarrollo Regional, Ciudad. <https://ru.iiec.unam.mx/7778/>

Mora, R. y De Regil, I. (2013). Perfil de la microempresa en San Cristóbal Zapotitlán, para facilitar su proceso de inclusión en el desarrollo turístico de la Ribera de Chapala. *Anuario de Investigación UNIVA*. 545-571.. [http://biblioteca.univa.mx/Anuario/2013/2013\\_23\\_perfil.pdf](http://biblioteca.univa.mx/Anuario/2013/2013_23_perfil.pdf)

Mora, V. (1994). *Los oficios femeninos urbanos en Costa Rica, 1864-1927*. Mesoamérica. 15(27), 127-156. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3724767>

Paredes, J. (2013). *Hilando fino desde el feminismo comunitario*. México: Cooperativa El Rebozo-AliFem A.C. <https://www.repositoriodigital.cl/2025/10/hilando-fino-desde-elfeminismo.html>

Pérez-Bustos, T., Chocontá-Piraquive, A., Rincón-Rincón, C. y Sánchez-Aldana, E. (2019). "Hacer-se textil: cuestionando la feminización de los oficios textiles. *Tabula Rasa*, 32, 249-270. DOI: <https://doi.org/10.25058/20112742.n32.11>

Queirolo, G. (2015). Dactilógrafas y secretarias perfectas: el proceso de feminización de los empleos administrativos (Buenos Aires, 1910-1950). *Historia Crítica*, (57), 117-136. <https://doi.org/10.7440/histcrit57.2015.07>

Ramírez, M. A. (2024). Inclusión y empoderamiento de mujeres rurales para el desarrollo en Chiquihuitlán, Jalisco. *La ventana. Revista de estudios de género*, 7(59), 356-387. Epub 12 de abril de 2024. <https://doi.org/10.32870/lv.v7i59.7706>

Ranaboldo, C. (2018). *Enfoque territorial para el empoderamiento de las mujeres rurales: Análisis y propuestas desde América Latina*. ONU Mujeres. [https://lac.unwomen.org/sites/default/files/Field%20Office%20Americas/Documentos/Publicaciones/2018/5/Enfoque%20territorial\\_UNU%20Mujeres.pdf](https://lac.unwomen.org/sites/default/files/Field%20Office%20Americas/Documentos/Publicaciones/2018/5/Enfoque%20territorial_UNU%20Mujeres.pdf)

Rodó, F. V. (2022). Divergencias en la feminización del campo: un análisis interseccional de las mujeres rurales en México y Chile. *Estudios Rurales*, 10(20). <https://doi.org/10.48160/22504001er20.36>

Rojas, J. (2025). "Procesos de gentrificación rurubana y agroindustrialización de monocultivos en el entorno del Lago de Chapala". *Entorno Geográfico*, (29), e24814302. <https://doi.org/10.25100/eg.v0i29.14302>

Sandoval, A. (2022). "Procesos de despojo silenciosos en la ribera del lago de Chapala". *Punto Cunorte*, 7(12), 129-162. <https://doi.org/10.32870/punto.v1i12.98>

Tuñón, J. (2015). *Mujeres entre la imagen y la acción, historia ilustrada de México*. CONACULTA.

Velázquez, F. (2019). *Lucha y resistencias por la tierra en Jocotepec, Jalisco, De finales del Porfiriato a mediados del siglo XX*. El Colegio de Jalisco.

Villarreal, M. (2002). Las nuevas mujeres del maíz: voces fragmentadas en el mercado global. En De la Peña, G., y Vázquez, L. (coords.). *La antropología sociocultural en México del milenio: Búsquedas, encuentros y transiciones*. Fondo de Cultura Económica CIESAS.

Zepeda-Cazarez, N. (septiembre-diciembre, 2026). ¿Feminización de un oficio? La artesanía como estrategia de las mujeres y familias rurales de San Cristóbal Zapotitlán, Jocotepec. *Internacionales. Revista en Ciencias Sociales del Pacífico Mexicano*, 9(22), p. 103-133

---

Wilson, F. (1990). *De la casa al taller. Mujeres, trabajo y clase social en la industria textil y del vestido, Santiago, Tangamandapio*. El Colegio de Michoacán.

Zanotelli, F. (2004). "La circulación social de la deuda". En Villarreal, M. (coord.), *Antropología de la deuda, crédito, ahorro, fiado y prestado en las finanzas cotidianas*. CIESAS-Porrúa.

Zepeda-Cazarez, N. (2022). *Manos de maíz y palma: familias campesinas y mujeres artesanas en la ruralidad de San Cristóbal Zapotitlán, Jocotepec* [Tesis de doctorado]. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. <https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1015/1521/1/TE%20Z.C.%202022%20Natalia%20Zepeda%20Cazarez.pdf>

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).